

MEI SEGURA



EL FIN DEL
AMANECEER

ETÉRLUME: LIBRO 1

MEI SEGURA

EL **FIN** DEL
AMANE CER

ETÉRLUME: LIBRO 1

 FAERIS

Diseño de cubierta: Fantastical Ink

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mei Segura, 2025

© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-42-3

Depósito legal: M. 27.132-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*A quienes cabalgan a través de la oscuridad
con luz en sus corazones:
el cielo es vuestro.*

*Y a mis amigas:
sois las estrellas que brillan en el mío.*

En virtud del poder que ha sido otorgado a la Orden de Representantes del reino de Etêrlume, se establece que todo ciudadano de Etêrlume, con independencia de su raza y procedencia, que alcance la mayoría de edad estará obligado a someterse a la Prueba, sin excepción alguna. Los individuos seleccionados asistirán imperativamente a la Academia durante los siguientes dos años, donde se retará el potencial y el límite de su mente, su cuerpo y su poder. Aquellos estudiantes que consigan sobrevivir y graduarse participarán activamente en la política, la sociedad y la economía del reino, bajo la voluntad y por orden de su majestad.

PRÓLOGO

Ocho años antes
Odette, veinticinco años

Las gotas de lluvia resonaban al caer y golpear los tejados del castillo. Su sonido era monótono y opresivo, un presagio del terror que la esperaba al doblar la esquina. El castañeteo de sus dientes y el vaho que abandonaba su cuerpo con cada exhalación eran las únicas señales que le confirmaban que aún seguía con vida. Y a pesar de que una voz en su cabeza le gritaba que diera media vuelta, no podía dar marcha atrás, ya no. Este estaba siendo un día en el que mirar al cielo o tener esperanza la herían.

Porque, aunque el dolor se había instalado en su ser de tal manera que había pasado a considerarlo normal, el miedo era su verdadera perdición, lo que la estaba matando lentamente.

Sujetándose a la pared del pasillo, consiguió acercarse poco a poco a la luz de la luna que iluminaba el jardín privado de la reina, donde sabía que hallaría a Vesper, su marido, príncipe heredero de Etérlume y pronto soberano del reino.

A Odette no la asustaba la escena que encontraría allí; ya lo había visto todo: desde crueldades, como torturar a inocentes por diversión, hasta a los amantes de su cónyuge sonriendo con superioridad desde la que se suponía que debía ser su cama matrimonial. Sí, había aprendido a vivir con ello, a aceptarlo hasta el punto

de normalizarlo. Pero en ese momento estaba más débil de lo normal, más inquieta; necesitaba su medicina.

La intensidad de la lluvia iba *in crescendo*. Con cada paso que daba al frente, el ritmo de esta se aceleraba, como si se tratase de una sinfonía a punto de llegar al clímax de la composición.

—Me alegra saber que has entrado en razón.

Odette se detuvo al final del pasillo, justo antes de adentrarse en el jardín, para permanecer oculta.

Escuchar a Vesper, su marido, la hizo frenar en seco. Era él, no cabía duda. Podría identificar en cualquier lugar ese tono sádico e inhumano que lo caracterizaba.

—¿Cuánto tiempo? —se limitó a preguntar otra persona.

Pocas cosas lograban sorprenderla, pero la presencia de esa voz grave con la que más de una vez se había permitido fantasear en la oscuridad de su alcoba lo había conseguido. El peligro y la oscuridad que acompañaban al eterno eran algo que siempre la había intrigado, que la había cautivado de una forma que la avergonzaba.

Rune Evander había vuelto a la Corte.

A pesar de ser un eterno más, atado al exilio que llevaba siglos limitando sus movimientos fuera de Finis, la ciudad donde estaban reclusos los suyos, Rune acudía de forma regular a la capital. Su magia aún no estaba estabilizada, lo que le permitía abandonar su hogar. Además, no solo era el hermano de Ashvin Evander, líder de los eternos, sino también el representante de estos en el Consejo.

—Esta noche tiene que estar el trabajo listo. Mañana es mi coronación y no quiero arrastrar ningún peso muerto a mi lado. Ya me he librado de mi padre; ahora le toca a ella. Hazlo y se te recompensará.

Odette no entendía nada. Al día siguiente coronaban a Vesper como nuevo monarca de Etérlume y, por ende, ella se convertiría en reina, pero... ¿«peso muerto»?

—¿Ella lo sabe? —preguntó Rune.

—¿Que va a morir? Claro que no. ¿Por quién me tomas?

En el instante en que Odette entendió lo que estaba pasando, una tormenta estalló en su interior. Y, por primera vez en la vida, habría agradecido encontrarse con cualquier otra cosa: amantes, asesinatos, insultos, golpes... Porque allí, bajo el arco que los protegía de la lluvia, su marido y el eterno estaban hablando de *su* fin.

Entonces, como si se tratase de una despedida macabra, Vesper añadió:

—No hay nadie más cruel y despiadado que tú en todo Etér-lume. Bríndale el final que se merece.

—Lo que me estás pidiendo...

—¡Ordenando! Soy tu futuro rey, Evander. No lo olvides.

Odette reprimió un jadeo y reunió toda la fuerza que quedaba en su interior para asomarse por la esquina e intentar ver a su marido y al eterno.

Vesper apuntaba con ira al pecho del eterno con el dedo índice; Rune mantenía su expresión fría e impenetrable. En el momento en que este que volvió a hablar, su mirada ardió.

—Y tú no olvides lo efímera que es esa posición.

—¿Me estás amenazando? —Vesper dio un paso al frente, incrédulo.

Rune no se movió. Por su parte, Odette sabía que debía salir corriendo de allí lo antes posible.

—Solo te estoy recordando que, al igual que tú tienes tus intereses, yo tengo los míos. No me importa quién lleve la corona; ninguno de vosotros seréis jamás mis reyes.

—Haz que desaparezca y márchate —ordenó Vesper de nuevo, tajante y autoritario.

Ella esperó la respuesta del eterno, deseando que él la defendiera, que se opusiera a la orden del príncipe. Pero recordó por qué había dejado de rezarle a los dioses: Vida y Muerte no estaban de su lado. Rememoró también el dolor, el miedo y la soledad con los que había vivido todos esos años. Y perdió toda esperanza.

Entonces, hizo lo único que se le ocurrió: correr por su propia vida.

Corrió con lo poco que quedaba dentro de ella, con lo poco que su enfermedad no se había llevado. Sus piernas apenas aguantaban su peso, y su cabeza no era más que una nube difusa de pensamientos. Se dio cuenta, una vez más, de que no quería morir; no merecía morir. Así que siguió la chispa de luz en su interior, que le dio la fuerza para seguir adelante, para no rendirse.

Sin embargo, no fue suficiente. En esa vida nunca parecía serlo.

La atraparon antes de que pudiera abandonar el adarve del castillo al que había ido a parar. ¿La había visto Rune? ¿La había seguido Vesper?

No obtuvo respuesta. Antes de poder entender su entorno, ver quién o qué había llegado hasta ella, cayó de bruces al suelo de aquel rincón del castillo, al que solía ir cuando su enfermedad le daba un descanso. Un triste pensamiento mitigó su dolor: ese era un buen sitio para morir.

A partir de ese momento, todo ocurrió muy rápido.

Recibió el primer impacto y su cabeza golpeó el suelo con fuerza. Odette sintió cómo la sangre empezaba a cubrirle el cabello rubio ceniza y el rostro y le impedía ver con claridad, lo que aguzó el resto de sus sentidos. Lo único que captaron sus ojos durante escasos segundos fue una melena negra, muy negra.

Antes de poder intentar luchar, una espada, o tal vez una daga, le apuñaló un tobillo, provocando en ella la liberación de un grito desgarrador y lleno de desesperación. Luego, el otro tobillo, dejándola completamente inmóvil e indefensa. Finalmente, volvió a gritar una última vez al sentir un ataque de magia que dio paso a un dolor atroz por todo su cuerpo. Fue entonces cuando perdió el conocimiento.

No debió de tardar mucho en morir.

CAPÍTULO 1



Presente

Odette, veinte años

Odette se movía con una elegancia ágil y calculada. A cada golpe de espadas lo acompañaba un sutil gruñido, una maldición por lo bajo o, por parte de su contrincante, suspiros de preocupación. Ambos sabían cómo acabaría aquel enfrentamiento; sin embargo, por cruel que fuera por su parte, ella disfrutaba retrasando su victoria, concediéndole al caballero destellos de esperanza.

Durante su primera vida, Odette se había aferrado a ese sentimiento hasta el final. Había desafiado a su destino al regresar al pasado y conseguir lo que muchos señalarían como imposible. Un día, con veinticinco años, su marido y su cómplice, estaba segura, la habían asesinado, y al siguiente volvía a tener doce y los recuerdos de una vida vivida, recuerdos que todo el mundo menos ella parecía haber olvidado.

Odette Elodie Cinwell había regresado al pasado tras su muerte. No había vuelto a nacer, tampoco se había convertido en otra persona. Seguía siendo ella, la joven ilegítima y enferma, prometida del heredero y futura reina de Etérlume, pero, a su vez, jamás volvería a ser la misma.

No se había tratado de magia común ni de ninguna otra que Odette conociera. Por mucho que hubiese investigado, no había

encontrado nada acerca de regresar en el tiempo ni nada que se le asemejara. Pero había sucedido, de eso no cabía duda. Y había sido su secreto todo ese tiempo.

Con una sonrisa traicionera, dio un paso atrás y abrió los brazos, invitando a su oponente a atacar.

—No tengo todo el día, Trwyn. ¡Hasta el sol se está aburriendo de nosotros! —Odette se arriesgó a burlarse, aunque sabía que el joven caballero estaba al borde de colapsar por la ira, o tal vez por el cansancio; no lo tenía muy claro. Pero eso era justo lo que quería, ese era su juego, así que siguió presionando malévolamente—. Ven a por mí.

Él no dudó en hacerlo, pero no sin primero escupir al suelo con frustración.

Odette sonrió y, antes de que la espada llegara a ella, se dejó caer al suelo, se deslizó con rapidez, usando un poco de magia común, y quedó frente a la espalda del joven, con la hoja de su espada presionada contra la armadura de él.

El pecho se le llenó con una emoción embriagadora, una a la que había sido adicta desde su regreso a la vida.

Fuerza, poder y magia. Tres pilares que hacían de ella quien era ahora, los mismos tres pilares que habían estado en ruinas durante su primera vida, que quedaba ya en la lejanía de un recuerdo, como la evocación de un mal sueño que no se logra olvidar del todo.

—¡Gané! —exclamó, como hacía cada mañana que combatía con los nuevos miembros de la caballería del duque.

Frustrado y avergonzado, Yem Trwyn lanzó su espada a los pies del duque, su capitán. Sin embargo, con una sola mirada de este, el caballero se tensó y se arrepintió de su impulsividad y su actitud. Odette no le prestó mucha atención mientras recogía su arma y se reunía con el resto de los novatos.

—Sigues asombrándome día tras día —dijo el duque, cruzándose de brazos y mirándola con el orgullo de un padre.

A pesar de que no los unía la sangre, en momentos como ese Odette casi podía olvidarse de su verdadero origen. Él siempre la

había tratado como una más de su familia. Para el resto del reino, Eckart Krieger era imponente y respetado, un hombre de una altura extraordinaria, de piel oscura y ojos castaños, con un poder mágico y un ejército de caballeros que temer. Sin embargo, para ella era simplemente Eckart, su salvador.

Odette se sacudió su traje de entrenamiento y se encogió de hombros.

—Necesitan más práctica —se limitó a contestar ella a la vez que envainaba su espada.

—Que los derrotes tú parece ser la motivación perfecta para ellos.

Odette no necesitó volver a mirarlos para saber que todos se habían puesto a entrenar con la esperanza de salir victoriosos del próximo duelo en el que se batieran contra ella.

—El día en que se preocupen más por sus acciones y menos por sus egos, estarán un paso más cerca de convertirse en verdaderos caballeros.

—Que el cielo nos proteja, entonces.

Odette soltó una leve carcajada antes de apretarse el recogido de su claro cabello y despedirse del duque, quien aún tenía una jornada de formación intensa por delante.

Cargada de energía y con el calor húmedo del sur abrazándola, avanzó con pasos decididos a través de los árboles que separaban el campo de entrenamiento de la casa del duque, su hogar.

Sí, *casa*. A pesar de que lo que se esperaba de uno de los grandes duques del reino de Etérlume es que habitara en una mansión, Soren era una tierra pobre, así que incluso el mismísimo duque llevaba una vida humilde en una morada de piedra de dos pisos, aunque lo suficientemente grande como para que cada uno tuviera su propia alcoba. La vivienda contaba con un amplio terreno seco a su alrededor, con la excepción del pequeño jardín que la duquesa, Rossee, se aseguraba de mantener con vida. Y, si bien muchos en la Corte se escandalizarían del lugar, Odette jamás había sido tan feliz como lo era allí.

Ella sabía que esa felicidad era efímera, una ilusión frágil y, en ocasiones, forzada. Aunque ya se sentía una más de los Krieger, una original de Soren, lo cierto es que su nombre era bien conocido en todo el reino de Etérlume: Odette Elodie Cinwell, humana e hija ilegítima de Grucius Cinwell, consejero del rey de Etérlume, y prometida del príncipe heredero, la futura reina.

—¡Oddie! ¿Eres tú? —gritó Rossee al escuchar cerrarse la puerta principal.

—¡Sí! —contestó ella—. ¿Estás fuera?

Al no recibir respuesta alguna, se dirigió al patio trasero de la casa, donde Rossee había construido un techado que cubría una mesa de té para poder sentarse a leer cuando la temperatura les permitía pasar tiempo en el exterior.

La encontró allí, sentada con la gracia que acompañaba a su título, bella como siempre lo había sido, con la piel bronceada por el sol y el cabello rojo intenso. Aunque la duquesa había nacido en Gryn, el frío norte del reino, su belleza encajaba perfectamente en el paisaje de Soren. Sin embargo, Odette no pudo ignorar su ceño fruncido, el movimiento rápido y preocupado de sus ojos según leía el pergamino entre sus manos.

—¿Todo bien?

Rossee puso los ojos en blanco y, con un resoplido, arrugó el papel por completo.

—Es de la Orden de Representantes —informó la duquesa, dedicándole una mirada que oscilaba entre la rabia y la preocupación. Sus ojos verdes eran muy fáciles de leer.

Odette se acercó y se sentó frente a ella, sin preocuparse por su postura ni por el protocolo de las damas. Se llevó las rodillas al pecho y se las abrazó, lista para escuchar el informe que cada tres ciclos lunares llegaba de la capital como una marcha fúnebre llena de desgracias.

—Se ha actualizado la lista de caídos en la Academia. —Las palabras de la duquesa expresaban tal seriedad que el aire a su alrededor pareció enfriarse. A continuación, añadió—: Lydia no aparece.

Ambas compartieron una expresión de alivio temporal. Lydia, la hija de los duques y la mejor amiga de Odette, seguía con vida y, por ahora, esa ya era suficiente buena noticia.

Desde que Lydia había partido hacia la Academia, el fantasma del luto que amenazaba con caer sobre ellos había hecho del ducado un lugar algo lúgubre. Las mañanas eran cada vez más silenciosas, y los caballeros de Krieger ya no visitaban la casa con tanta frecuencia. Odette lo entendía. Al fin y al cabo, la universidad era tan impredecible como la vida misma. Solo los seres más preparados del reino pasaban la Prueba, y la competitividad que los esperaba en el interior era letal. Una batalla de poder por la que muchos estarían dispuestos a abandonar toda moralidad y humanidad. Esa era la clase de personas que, una vez graduadas, pasarían a dirigir el reino. Miembros de la Orden de Representantes, duques, capitanes...

Si Lydia quería heredar el ducado de Soren, o acceder a otro cargo, debía graduarse, y con los puntos suficientes para reclamar su elección.

A pesar de que los recuerdos del pasado siempre atormentaban a Odette, la tranquilizaba saber que, en su primera vida, Lydia había sobrevivido y heredado Soren. Su amiga, al igual que los duques, había nacido siendo géminis; eso significaba que era capaz de hacer copias de sí misma, unas ilusiones que engañarían incluso a los más afines a la magia. Así había sobrevivido Lydia a la universidad una vez, y así volvería a hacerlo en esta vida. Al menos, eso quería creer Odette.

Pero tampoco era una ilusa; por eso, unos cortes de preocupación herían su corazón al pensar en la posibilidad de que las cosas cambiaran, pues ya nada era como lo había sido en su primera vida.

—Tina tampoco aparece.

Tina, la pareja de Lydia. Juntas eran indestructibles, y, mientras se mantuvieran unidas, Odette podría dormir tranquila por las noches sabiendo que su amiga no estaba sola.

Sin embargo, había algo que sí la atormentaba.

—El príncipe heredero y tu hermana tampoco —añadió Rossee, que sabía lo que esas dos personas provocaban en Odette: malestar y rechazo. No obstante, era importante saber si seguían o no con vida.

—¿Dice algo de los eternos? —inquirió la joven, como siempre hacía cuando llegaba el informe.

—No los menciona. Creo que, después del escándalo que supuso su aparición en la Prueba del año pasado, la corona quiere evitar más atención al respecto.

—Me parece que fue un escándalo más que justificado —reprochó Odette—. Es decir, dos de nuestros enemigos, que viven exiliados y bajo un juramento mágico, deciden que es buena idea asistir a la Academia por primera vez desde su fundación, y ¿a nadie se le ocurre evitarlo?

Odette no exageraba. Era la primera vez que algo así tenía lugar, pues ni siquiera en su primera vida llegó a ocurrir. Eso debía de significar algo; no tramaban nada bueno. Por mucho tiempo que hubiese pasado intentando encontrar una explicación, la joven no tenía nada más que preguntas, además de una cosa clara: su segunda vida había tomado su propio rumbo.

—No es tan sencillo —objetó la duquesa—. La Orden establece que todo ciudadano de Etérlume, independientemente de su raza y procedencia, está obligado a someterse a la Prueba... Y ellos son ciudadanos de Etérlume.

—No sabía que ser ciudadano y ser prisionero fueran lo mismo.

—Ya sabes a lo que me refiero. Sí, el Pacto que se firmó los excluye de formar parte de las leyes y órdenes que afectan al resto de los eterlums. Sin embargo, como bien justificaron doce ciclos lunares atrás, cuando se presentaron a la Prueba, una de las cláusulas los reconoce como ciudadanos del reino por el mero hecho de vivir en territorio de los Valorian. Y, además, la universidad los eligió. Fin de la historia.

Odette refunfuñó, bajando las piernas de la silla, y se sentó con una postura recta y tensa.

—¡Lo sé! Pero no me gusta que estén ahí a la vez que Lydia y que nadie sepa el verdadero motivo.

—Son jóvenes, Odette. Lo más seguro es que quieran un poco de libertad antes de que su magia se estabilice y no puedan abandonar Finis durante el resto de la eternidad.

Odette no pudo evitar sentirse mal por ellos.

«Eternidad»... Una palabra que, desde luego, asustaba.

—¿Dice algo más el informe? —Odette decidió cambiar de tema, cansada de caminar a través de la nada cuando se trataba de los eternos.

—La Prueba de este año tendrá lugar pronto. Ya han empezado a llegar a la capital los jóvenes y sus familias.

Aunque Odette se compadeció de todos ellos, no pudo ignorar el sentimiento de consuelo que experimentó al saber que, entre todas sus preocupaciones y problemas, someterse a la Prueba no era uno de ellos.

—También venía una carta de tu padre.

El rostro de Odette se tornó serio.

—Está previsto que el suministro de medicina llegue dentro de dos semanas.

Odette cerró los ojos y respiró con profundidad, haciendo un esfuerzo por no cabrearse.

No fue hasta que escuchó las palabras de la duquesa cuando pudo volver a abrirlos.

—Ya tenemos todo preparado para deshacernos del cargamento en cuanto entre en el territorio del ducado. No te preocupes.

—Gracias —respondió la joven con sinceridad.

—Bueno, eso es todo —sentenció Rossee—. Ve a ocuparte de tus tareas; recuerda que hoy es el último día del mes.

Eso significaba que uno de los Krieger debía acudir al pueblo a escuchar las quejas y sugerencias de sus habitantes, elaborar un

informe y enviarlo a la Orden de Representantes posteriormente. Y, aunque ese no era su apellido, ese mes le tocaba a ella.



Odette observó por última vez la multitud de sorenses que habían asistido al encuentro. Humanos, géminis, vampiros, cambiantes y sirenas interactuaban agitados por el malestar general que sentían con respecto a la gestión del territorio. Todos ellos sabían a quién culpar, y no era a los Krieger. Por las miradas que le lanzaban y las preguntas que le hacían con segundas intenciones, era evidente que todos sabían quién era su padre, el poder que este tenía y lo poco que contribuía a la mejora del territorio y de las vidas de sus súbditos.

La joven se despidió antes de tener que vivir una experiencia incómoda, como había pasado más de una vez, y caminó hacia la plaza principal para encontrarse con Ankar, el corcel que siempre la acompañaba allá donde fuera.

Atravesaron todo el poblado sin que Odette se parara a analizar las miradas que oscilaban entre la curiosidad y el juicio. Se había acostumbrado, ya que siempre había sido objeto de los comentarios desagradables de los habitantes de la zona; era inevitable desconfiar de una forastera que había llegado para vivir con su duque, además, enviada por la propia corona.

Por si fuera poco, su aspecto, un recuerdo constante de su procedencia como Cinwell, no la ayudaba a encajar.

Sus ojos eran de un tono similar al de la miel o al del atardecer. Además, todo su cuerpo era rosado y estaba cubierto de cientos de pecas y lunares que creaban sus propias constelaciones. Y su cabello, que había evolucionado desde el rubio ceniza y apagado que tenía al llegar al ducado hasta convertirse en uno brillante como el oro, reflejaba una luz que atraía toda clase de miradas. A pesar de que Odette no tenía queja alguna de su apariencia, a veces desearía ser menos parecida a su padre y a su medio hermana; am-

bos también eran de piel clara y cabello dorado y, aunque sus ojos fueran azules en vez de ámbar, nadie podía negar su parentesco.

Como siempre, no tardó en regresar a la casa y despedirse de Ankar, lista para relajarse un poco leyendo o durmiendo. Al entrar y dirigirse a la sala común, escuchó la voz del duque cada vez más clara y, por un momento, la asaltó un recuerdo en el que Lydía estaba allí, charlando con él mientras la esperaban para reparar los distintos informes del ducado.

Odette sacudió la cabeza, dejando en el fondo de su mente todos aquellos pensamientos que le recordaban lo mucho que extrañaba a su amiga, pues sabía que Eckart podía leerla como un libro abierto.

Cuando llegó a la puerta, se encontró con una escena desconcertante.

—¡No lo voy a permitir! —espetó el duque a la vez que su puño golpeaba con fuerza la mesa de madera, con la mirada fija en el individuo que lo acompañaba.

Odette se sobresaltó sin entender qué estaba pasando, por qué estaba tan alterado y, en cierta forma, asustado. Nunca lo había visto así. Su expresión amable y serena ahora se había transformado en un gesto de dureza; sus labios gruesos estaban apretados y su tez morena parecía apagada, sin vida.

Inmediatamente, Odette percibió la tensión que ahogaba el lugar. Era como si la luz del sol tuviese miedo de adentrarse en la sala, como si aquel extraño que daba la espalda a Odette desprendiera una oscuridad que consumía todo a su alrededor.

El hombre no pareció notar su presencia, y si lo hizo, no se molestó en actuar, al menos no hasta que ella encontró la mirada del duque, cuyos ojos se abrieron con terror, como si Odette no fuera más que un mal presagio.

—Oddie —susurró Eckart de forma prácticamente inaudible.

Dispuesta a preguntar qué estaba pasando y encararse con cualquier ser que se hubiese atrevido a molestar a su familia en su propio hogar, Odette dio un paso adelante. Toda su valentía

se esfumó en el instante en que advirtió cómo se tensaba la espalda del extraño. Conocía esa espalda, conocía a esa persona. Estaba allí, en algún lugar de esos recuerdos a los que a veces le costaba acceder.

Inspiró con fuerza y volvió a mirar al duque.

«Huye», decían sus ojos.

Pero ella no iba a dejarlo allí, no cuando podía estar en peligro, no cuando jamás lo había visto tan vulnerable.

Sintió, más que vio, cómo el hombre se movía. Inconscientemente, tuvo la necesidad de mirarlo, de saber quién era capaz de alterar el ritmo de su respiración con su simple presencia, con ese olor que le recordaba al de la madera quemada pero con un toque dulce, como a canela.

Cuando Odette dio con su mirada, esta ya estaba sobre ella, observándola con detenimiento, con precisión. Encontró la profundidad del océano y del cielo en aquellos ojos de un azul tan intenso que cualquiera podría confundirlo con el color negro. Pero ella no tenía duda alguna de cuál era la verdad que escondían, de su color y de todos los pecados que allí residían.

Odette palideció.

Las piernas empezaron a temblarle y el mundo se derrumbó ante ella. No necesitó más para reconocer a uno de los seres más poderosos de su tiempo; se habría atrevido a decir que el más peligroso también. Si eso no era motivo suficiente para recordarlo, que hubiera sido uno de los responsables de su muerte desde luego, lo era.

Rune Evander.

No cabía duda de que era él. Una altura imponente, cabello corto y ondulado, oscuro como la noche sin luna. El cuerpo bronceado marcado con el Pacto que ataba a todos los eternos a su destino. Y unos ojos azules llenos de secretos.

Odette quiso correr a los brazos del duque y llorar. O, mejor aún, despertar de aquella pesadilla, porque nada de eso podía ser real. Él no debería estar ahí. No debería haberla visto así, sana,

con sus facciones modificadas por la magia que había desbloqueado.

Se habían esforzado tanto para que la noticia de su recuperación no se extendiera y llegara a malas manos... Y ahora todo había sido en vano.

—Odette Elodie Cinwell.

Pudo sentir cómo su corazón se detuvo por completo.

No contestó. Escuchar su voz fue el último toque de atención que necesitó para acabar de entender la gravedad de la situación: uno de los seres más poderosos y malvados del reino, el responsable de su muerte, acababa de descubrir que había estado mintiendo a la corona, a su padre y al rey de Etérlume todo ese tiempo.

Su mundo tembló con el pánico que empezó a expandirse en su interior.

Los ojos de Rune recorrieron todo su cuerpo, de pies a cabeza, con lentitud, una acción que podría haberse interpretado de miles de maneras, pero ella no era tonta. Sabía que el eterno estaba maquinando algo. Y no podía ser nada bueno.

Rune se aclaró la garganta disimuladamente antes de volver a hablar con una expresión implacable en todo momento.

—Odette Elodie Cinwell —volvió a repetir su nombre, como si disfrutara torturándola de aquella manera, saboreando el miedo que cada sílaba provocaba en ella—, su presencia es requerida en la Corte. Como estipula el séptimo decreto del reino de Etérlume, la Prueba tendrá lugar en el siguiente cuarto menguante.

